

a escritores tal vez menos originales, pero no menos dignos, como Olegario Víctor Andrade. Tal el objeto, austero, de este estudio.

Andrade nació el 6 de marzo de 1839 en Alegrete (Río Grande del Sur, Brasil), adonde sus padres, argentinos de Gualeguaychú, habían huido de la inseguridad política. Se crió en Entre Ríos y se educó en el Colegio de Concepción del Uruguay, al que ingresó en 1851. Después de casarse se instaló en Santa Fe, en 1857, donde se dedicó al periodismo. Publicó artículos de censura al depuesto Rosas, y en elogio de Urquiza. Más tarde se mudó a Gualeguaychú, y en 1875, bajo la presidencia de su amigo Nicolás Avellaneda, a Buenos Aires. En esa capital continuó sus tareas periodísticas, fue legislador provincial, publicó algunos de sus poemas más celebrados en la época y falleció, el 30 de octubre de 1882, hace cien años.

La imagen de Andrade, diseñada por los cronistas neocolonizados, lo describe como un aburrido «cantor de las glorias argentinas», un monocorde y anacrónico componedor de alegorías vacuas obnubilado por la grandilocuencia de Víctor Hugo, su tocayo. Si se pregunta a los escolares argentinos quién fue Andrade, lo más probable es que respondan que fue el autor de *El nido de cóndores* (1877) y *Prometeo* (1877), es decir, sus peores poemas, escritos en la difícil Buenos Aires después del fracaso de la resistencia federalista y, para colmo, no de manera espontánea sino a pedido de la oligarquía porteña. *El nido de cóndores*, leído el 25 de mayo, fecha patria, en un acto oficial del antiguo Teatro Colón, nació como consecuencia del discurso pronunciado por Avellaneda, protector del poeta, unos días antes, promoviendo la repatriación de los restos de San Martín. *Prometeo* es un canto —en palabras del propio Andrade— «escrito para no ser publicado, y publicado a instancia de amigos que tienen derecho a exigir del autor sacrificios de mayor magnitud». Nada de lo que produjo Andrade en Buenos Aires alcanzó calidad estética ni coherencia ideológica. Pero, justo es reconocerlo en homenaje a la honestidad del poeta, estas obras tampoco se opusieron a su enérgica trayectoria federalista anterior. Andrade no pasó a servir a la «lumpemburguesía» porteña a cambio de las migajas de Avellaneda. Desesperanzado ante el triste espectáculo del Paraguay destruido y exterminado, el Uruguay neocolonizado y las provincias argentinas sojuzgadas por el pseudoliberalismo probritánico bonaerense, prefirió, antes que vociferar odas a Mitre o Sarmiento y ensalzar al partido unitario o a la «civilización» inglesa, dedicarse a inventar aquellos aparatosos y casi involuntarios cantos alegóricos de un nacionalismo impreciso y vacío. Todavía, poco antes de morir, denunciaba en la *Atlántida* (1881):

*el Brasil que recibe
del mar Atlante el estruendoso beso,
y a quien sólo le falta
el ser más libre, para ser más grande*

Sin duda el entrerriano recordaba la criminal complicidad de Río de Janeiro en las masacres de Paysandú y Piribebuy. Y pensaría por entonces, como lo hacía el Hernández de 1879, que Avellaneda resultaba al menos un mal menor respecto a sus dos sanguinarios antecesores.

La adulteración de Andrade por parte de la oligarquía porteña constituye un escandaloso ejemplo de su inveterado y sórdido cinismo. Primero, lo trasladaron a Buenos Aires para alejarlo de sus raíces federalistas y controlarlo mejor. Ya en la capital le organizaron sucesivos actos públicos y juegos florales para que el desilusionado poeta musitara sus plúmbeas y desganadas imitaciones de Hugo. No por casualidad Groussac llamó a la de Avellaneda «la presidencia de los juegos florales». Poco después iba a encaramarse a la presidencia Julio A. Roca, que había compartido con el entrerriano las viejas aulas de aquel colegio concepcionero fundado por Urquiza. Los poemas porteños de Andrade siguieron siendo presentados por encargo. Su *Canto a Víctor Hugo*, en una fiesta de homenaje en el Círculo Literario de Buenos Aires; su *Atlántida*, en los Juegos Florales del Centro Gallego. Y después de «inspirarle» esos himnos, la élite criolla empezaría a celebrarlos como la más excelsa producción del poeta. Así hemos tenido que padecer adulaciones disparatadas como ésta:

«Los vastos espacios eran su
escenario, constelaciones y
mares actuaban en su gigante
prosopopeya; pedía a la historia
de la humanidad el cauce
torrencial de los pueblos;
animaba los coloquios del
mito y del hombre.»

Se echaba al olvido toda su producción poética y periodística anterior. Cuando, a veces, alguno recordaba al verdadero Andrade, la oligarquía de Buenos Aires se apresuraba a falsearlo de la manera más alevosa, como en el caso de su poema al general federalista Angel Vicente Peñaloza (1863), del que se dijo que era nada menos que una elegía al unitario Lavalle.

Lo que hay que revisar son los poemas juveniles de Andrade, como el dedicado a Peñazola, *A Paysandú* (1865), y *El porvenir* (1867), a la luz de su ideología revolucionaria, expresada en sus *Artículos histórico-políticos* (1863-68).

Hasta el exterminio de la revolución paraguaya, la prosa de Andrade, como la de Hernández y otros intelectuales argentinos, manifestó públicamente su adhesión a los ideales federalistas, cuyo máximo exponente político en la cuenca del Plata era entonces Francisco Solano López. El hecho de que dicho federalismo era revolucionario, y no oligárquico, se comprueba por su antirrosismo y, simultáneamente, por su defensa de la causa paraguaya y los nacionalistas uruguayos. El 3 de febrero de 1864 Andrade recordaba el eclipse de Rosas con actitud transparente: «¡Doce años ha que el último cañonazo de Caseros anunció la caída del tirano porteño y la libertad de uno a otro extremo de la república!» El 14 de julio de 1867, en vísperas de la elección presidencial de Sarmiento, se oponía al candidato mitrista Elizalde, y alentaba la candidatura de Urquiza, cuyo triunfo tal vez hubiera permitido una paz honrosa con el Paraguay. La pluma de Andrade presentaba a Urquiza no como lo que era (un federalista oligárquico, interesado en conservar las estructuras precapitalistas de la colonia), sino como debía ser (un federalista revolucionario, resuelto a impulsar el capitalismo democrático de Estado, conforme al modelo lopista). Tal lo que se lo

exigían, por su parte, los caudillos populares como Ricardo López Jordán. Con lucidez, describía a Elizalde como «lugarteniente de don Pedro II», el emperador brasileño al servicio de Londres, y al carnaval eleccionario como una escena en la que no se ven «candidatos del pueblo, sino candidatos de partidos», en que «los círculos usurpan los grandes atributos de la nación».

El 16 de noviembre de 1864 se burlaba de la prensa supuestamente «civilizada» de Buenos Aires, como *La Tribuna* de los Varela y *La Nación Argentina* de los Mitre, y defendía la revolucionaria, que aquella denominaba «bárbara»: «Vuelven los diarios *serios* de Buenos Aires, la *prensa civilizada...*, de los apóstatas de la república, de los julianos de la Religión de Mayo que quieren ceñir a los pueblos del Plata, la argolla de la esclavitud caliente todavía con sudor de negros». Desde su trinchera periodística de Gualeguaychú, repudió la clausura del diario *La América*, decretada por la oligarquía porteña, a raíz de su solidaridad con el Paraguay de Solano López, el 1 de agosto de 1866:

«¿Qué os dijo *La América* para poner pavor hasta en los tuétanos de vuestros oídos corroídos...?
¡Os dijo que habían vendido la suerte y el decoro de una nación joven... la influencia..., de la Europa cuyo espía astuto y rapaz es ese imperio americano (el Brasil)..., levantado sobre la espalda de cuatro millones de esclavos...!
¡No sabéis que cuando la palabra calla y el labio de los hombres libres enmudece, empieza a resonar el cañón de las revoluciones populares!»

Causa indignación la consulta atenta de esta prosa, tanto tiempo escamoteada a la conciencia de los pueblos platenses por los *scholars* y las publicaciones literarias portavoces o a sueldo de la oligarquía y el imperialismo. Esta omisión supone, no solamente una flagrante adulteración ideológica, ostensiblemente interesada, sino además, una crasa deshonestidad profesional, puesto que resulta evidente que la calidad estilística de estas páginas es, de por sí, superior a la de los versos altisonantes y alegóricos. Los historiadores unitarios no perdonaban a Andrade denuncias como la de que el mitrismo no había hecho sino «vender en las cortes extranjeras la independencia de la patria».

El más importante ensayo de Andrade está fechado en Gualeguaychú, el 12 de agosto de 1866, en plena época de la guerra contra el Paraguay. Como Hernández en su periódico *El Río de la Plata*, Andrade identifica la causa de Solano López con los ideales originarios de la independencia latinoamericana, denuncia la complicidad de la oligarquía unitaria con el subimperialismo brasileño, y convoca abiertamente al pueblo argentino a la solidaridad con el Paraguay, incitándolo a no

«... remachar las cadenas del Paraguay que disputando está con noble valentía, la conservación de su vida a los verdugos que quieren atarle al cuello la áspera soga de la esclavitud extranjera.»

El primero de los tres verdaderos grandes poemas de Andrade fue compuesto, en vísperas de la guerra contra el Paraguay, como elegía al asesinado general Angel Vicente Peñaloza, «mártir del pueblo», federalista y revolucionario, traicionado por «el cuchillo del déspota porteño». Los otros poemas fueron escritos durante la guerra, en la misma época que los ensayos que acabo de destacar. Hay una íntima conexión